



DEL CAMPO CONTRARIO

ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

V

Un día el P. Fernández subió al tranvía, que corre por el centro de la ciudad. El coche iba lleno y el buen Padre se acomodó lo mejor que pudo, de pie junto á la puertecilla. Pocos momentos despues uno de los elegantes que iban sentados en los banquillos del tranvía, abrió cortesmente la portezuela para darle paso á álguien. Una dama entró vestida con mucho lujo y altanera como una palma real, mirando por sobre el ala al mundo entero, vamos una verdadera Juno. Era Rosa Quiñones. El Padre se apartó á un lado como un mendigo para dejarla paso; tres hombres se levantaron para cederla el asiento, que ella ocupó sin dignarse hacer ni una inclinacion de cabeza. En ese momento una muchacha rubia sencillamente elegante, que estaba sentada al otro extremo del coche, se levantó y le dijo al Padre Fernández:

—Padre, siéntese V. aquí.

—De ningun modo. Mil gracias. Estoy bien así.

—No, siéntese V. A mí me darán el asiento muchos apénas me vean en pie, á V. no.

El Padre tuvo que aceptar y al instante un *lagartijo* de lentes inútiles dejó vacío su sitio para que lo ocupase la jóven, que no era otra sino Lili Contreras, la Caperuza encarnada. Tocóla en tal caso sentarse precisamente junto á Rosa, á quien hizo un saludo, del cual apénas obtuvo tal contestacion que parecía de limosna. ¿Qué le iba sucediendo á Rosita? Que su marido era casi ministro, porque era el adlátere de un ministro muy influyente en aquella época y ella cada vez más hermosa, rica y celebrada se había vuelto horriblemente soberbia.

El P. Fernández al verla dijo para sí:

¡Pobre mujer! No pasará mucho tiempo sin que se vea humillada; Dios abate á los soberbios.

VI

Rosa María Quiñones de Ruiz estaba en el apogeo de su grandeza. A sus cuantiosas rentas agregábanse no pocos bienes del Clero que su marido acababa de adjudicarse. En los pocos salones de nuestra ciudad pasaba por una de las mayores beldades y daba el tono en asuntos de moda. Los revisteros de bailes y tertulias la celebraban sin medida en diti-rambos, que no quedaban sin recompensa.

Recuerdo que el bueno de *Muguet* hasta la llamó Venus Urania en una crónica apas-tillada que hizo de un baile de fantasía, al cual habia asistido Rosa vestida de *Noche*, con ropas de negro tul atestadas de brillantes. Sus coches eran de ocho muelles, los caballos de sus cuabras de pura raza, y sus criados muchísimos y muy elegantes y gananciosos.

La vida doméstica de la Quiñones no podía ser más feliz. Su casa era un nido, pero nido de oropéndola ó de colibrí. Se ahogaba en delicias. Hasta su marido había dejado las calaveradas que de él se contaban ántes y en aquella plena luna de miel parecía tener la fidelidad de un Píramo ó un Leandro y ser el modelo de los esposos.

En aquella atmósfera de felicidad se reía Rosa de los fatales pronósticos que la hacían sus amigas ultramontanas porque se casaba con un *sansculote*. Vaya si estaban locas la mógigata de Lupe y la cándida Lili cuando la decían que Dios manda apedrear á la que se casa con infiel.

Los pocos sentimientos cristianos de Rosa estaban narcotizados y mediomuertos. ¿Cuándo se es tan feliz quién se va á acordar

de Dios? Por otra parte Gustavo se oponía á que ella fuese al templo con frecuencia y era necesario complacerle, taansigir con él, para que él á su vez cediese algunos palmos de terreno. Sin embargo Rosa iba alguna vez al templo, vestida como para ir al teatro, con el poco usado rosario de coral ceñido á la muñeca y el devocionario de marfil en la mano, rosario y libro comprados con el dinero que producian las fincas robadas á los frailes. Iba al templo á que la vieran y la alabaran, á hacer que se murieran de envidia las otras profanadoras cursis de Iglesia y que se relamieran los bigotes los sietemesinos, que se instalan á ver mujeres en los pórticos de los templos más concurridos. Hizo más Rosa por su religion, regaló á un templo una custodia de azófar, de esas que venden los mercaderes Barcelonetas y logró por ese medio que un periódico conservador diera la noticia con todo este bombo: "La munificencia de la Sra. de Ruiz ha enriquecido á la Iglesia de ** con una primorosa custodia de oro macizo. Estos son ejemplos que deben tener entre nuestras damas muchas imitadoras." Así se preparaba Rosa para las sagradas funciones de la maternidad.

VII

Rosa se fastidiaba horriblemente aquella noche; estaba sola, ni habían venido visitas, ni Gustavo venía. Era la primera vez que daba el reloj las once sin que él regresara á casa desde que se habían casado. Rosa espera impaciente con esa impaciencia desesperada de la rica que no sabe qué hacerse cuando está sola. Ella no tenía quehaceres domésticos en que entretenerse; había olvidado ó la fastidiaban las pocas labores mujeriles que había aprendido cuando soltera; por tercera vez

se le había caído en la falda el novelon estrafalario que aquellos días estaba leyendo. ¡Dios mío! ¡qué aburrimiento! Gustavo no regresaba, ¡qué ingrato! ¡le habría sucedido algo! ¡qué miedo sólo pensarlo! no, él debía estar entretenido; pero ¿en qué?... Rosa veía su relojito cuajado de brillantes á cada tres minutos, se paseaba por la sala, entreabría las vidrieras, se asomaba á las ventanas, estrujaba las plantas de sombra de las rincóneras, cogía y repasaba los chirimbolos de las mesitas, mordía las motas de su chal y no hallaba qué hacerse, nerviosa, excitada, febril de angustia é incertidumbre. Las doce campanadas del reloj vecino retumbaron en su corazón con ecos siniestros. Un rumor de pasos en la acera de la calle interrumpió el silencio: él debía ser. Rosa se asomó á la ventana. No, no era él, un hombre pasaba de largo. Poco despues oyó llamar fuertemente á una puerta. Debía ser Ruiz. Tampoco, el vecino de enfrenvolvía de la zarzuela.

¿Qué era aquello de no venir su esposo? Sin duda una desgracia. ¿Lo habrían asesinado?

Un rocío de sangre salpicó la imaginación de Rosa con mil gotas que la quemaban como otras tantas chispas, y se echó en una butaca gimoteando como una chiquilla. No, si eso fuera, los muchos amigos que tenía Ruiz en todas partes habrían venido á avisarla. Entónces ¿qué? ¿Volvía á las antiguas calaveradas? Una ola de lumbre subió arrasadora y tremenda al corazón de la muchacha. Rosa corrió á despertar á sus criados, los mandó en todas direcciones á buscar al señor... todo en vano.

A la mañana Ruiz llegó á casa pálido y descompuesto. Sorprendióse de encontrar á su mujer en el corredor cansada de velar toda la noche, llena de dolor, con los ojos inyectados de sangre y la fisonomía estragada.

—Cómo ¿no has dormido?—la dijo.

—Y ¿tienes cara de preguntármelo?

—Hija, si yo tambien he estado muriéndome de pena por tí. ¿No ves qué semblante traigo?

—Sí, muriéndote de pena y ¿me asesinas? ¡infel!

—No, Rosa, no lo creas. Ya lo sabrás algun día. Es un secreto.—Y abrazándola por el cuello la condujo á su aposento.

Cuando estuvieron allí, Rosa, aun haciéndose la enojada, continuó:

—Si no me dices dónde has estado, no vuelvo á hablarte en mi vida.

—Rosa, es un misterio que no puedo revelarte—repuso fingiéndose muy apurado.

—¡Ah! ¿tienes secretos para mí? Ya sé...

—No, mira te lo diré, pero callátelo siempre, siempre.—Y despues de decir esto bajó la vista Ruiz y tomando actitud de rapaz que confiesa un pecado agregó: Yo estoy afiliado á una logia masónica y anoche determinaron á última hora que tratásemos un asunto de suma importancia que nos entretuvo hasta ahora. Más no puedo decirte.

—¡Ay! quitate de eso cuanto ántes, porque dicen que los masones toman venganza y matan, sí, matan.

—Ja, ja, ja, ¿qué candorosa eres! si las logias son asociaciones de beneficencia.

Con aquello quedó Rosa casi satisfecha por de pronto, aunque (y es excusado el decirlo) el garito, la taberna y otros sitios eran la triple logia, en que Ruiz volvía á trabajar con tanto empeño.

VIII

A esa noche siguieron otras en que Ruiz faltaba de su casa y en que Rosa sufría espantosamente. Un corazón, sobre todo si es desmoralizado y si la religion no atiza en él el fuego de un amor santo, se cansa pronto de amar un solo objeto, por bello que éste sea. Ruiz se había cansado de Rosa y vuelto á la vida de *variedades*, á que estaba acostumbrado. Venus, Baco y Birjan entrelazados formaron entónces un verdadero tonel de las Danaides en que se iban perdiendo rápida-

mente la gran fortuna que Rosa había aportado al matrimonio y los mal adquiridos bienes de Ruiz, formando un río de oro que se hundía en el abismo.

Una de tantas noches Rosa se bebió la última gota de paciencia que quedaba en su cáliz de matrimonio y resolvió hablarle á su marido con toda la dureza que se merecía. A la mañana siguiente lo mandó llamar y rompió de esta manera:

—No quiero que esta situación se prolongue. Sé que me has aborrecido y que te entretienes en jugar, en amar y en beber.

—Es mentira, te han engañado las beatas con quienes te he prohibido que trates, las amigas de tu madre; eso es todo.

—Yo trato con beatas tanto como tú los negocios masónicos. Sé cuanto haces en estas noches, que te ausentas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Los libros de cuentas, que he visto.

—¿Tú qué sabes de eso?

—Te voy á decir lo que sé. Envenenado mi corazón de sospechas, me dictó que fuera á ver los libros de tu administrador, y hallé en ellos exorbitantes partidas, de miles de pesos con este destino: *regalos para mi esposa, alhajas para mi esposa*; y aunque no sé de cuentas... ¿en dónde están esos regalos?

—Has hecho muy mal en visar cuentas, que por ningun título te pertenecen. Yo soy el marido.

—Y yo la esposa. ¿Dices que no me pertenecen las cuentas del dinero de mi padre y de mi madre?

—Yo sabré lo que hago, tú cállate, no me mandas, no me he vendido á nadie.

—Si quieres dilapidar, tira lo que te robase de los conventos, no lo que te dí de limosna cuando me casé, no lo permito.

Al oír esto Ruiz, fuera de sí levantó la mano y le dió una bofetada á su mujer. Esta palideció horriblemente hasta no quedarle en el rostro más color que la roja huella de la palma de Gustavo, crispó los puños, apretó los dientes, medio lanzó un *ay* y cayó desplomada en el pavimento.

Tal fué la primera cuenta de un rosario de disgustos intestinos, de golpes, de horrores, en aquel hogar. Rosa se quejó á sus parientes, mediaron ellos, Ruiz prometió enmienda cien veces y siguió igual; y por el buen parecer y por cuestiones políticas que ligaban al abuelo de Rosa con Gustavo Adolfo quedaron las cosas en el mismo estado.

Rosa tenía miedo cerval al escándalo, su amor propio no pasaba por que supiesen las gentes que se le había rebelado el corazón del marido, y por eso aparentaba contento. Supe que una vez Ruiz le dió de bastonazos á Rosa y á la media hora salieron juntos en berlina al paseo de la Reforma. Quien los veía pegaditos y silenciosos se imaginaba: ¿qué matrimonio tan lleno de amor y de ceremonia! Y en verdad levantábase entre los dos un muro invisible, sutil y muy fuerte de odio y de celos. Ya comenzaba á trascender en la sociedad el olor de las riñas conyugales de Rosa y Gustavo; pues aquella tarde, de que iba yo hablando, al pasar el coche de Ruiz junto al *break* que ocupaban las dos gemelas de Ramírez Aduna acompañadas esa vez por Lili Contreras; Altagracia sonriendo con malicia le dijo á Lili al oído: ya tendrás tú quien te dé palos. Y la candorosa Caperucita sin haber visto á los consortes desavenidos exclamó, levantando mucho su vocecita penetrante: Yo no tengo quien me pegue, tengo quien me bese, mi mamá. Rosa volvió involuntariamente la cabeza al oír aquello. Esa ironía de la inocencia la hizo sentir la reconcentrada amargura que sentirá un naufrago, que, reluchando en los extremos de la vida, ve la sonrisa del cielo ya limpio y el perfil halagüeño y primaveral de la costa á que no ha de arribar.

IX

Era ya la una de la mañana y Gustavo Adolfo perdía que era una lástima en el gar

de la calle de M. En aquel momento, de codos sobre el tapete verde, inclinada la cabeza, dilatadas las pupilas, esperaba la venida de una sota á la cual había apostado cien pesos. Un criado de su casa, el criado de todas sus confianzas, un buen indio de 30 años, entró en la sala de juego y se colocó respetuosamente detrás de Ruiz, esperando coyuntura para comunicarle algo de importancia á juzgar por el afán que se leía en la actitud y rostro del sirviente. Gustavo seguía ávido la sucesión de naipes que se deslizaban bajo la presión suavísima de la mano del *tallador*. Por fin un siete de oros asomó su doble cabeza como riéndose con sarcasmo, era el contrario de la sota. Ruiz dijo una interjección repugnante y se puso lívido. Entónces el criado le habló con mucho respeto, volvió él la cabeza relampagueando de enojo y, reconociéndolo, estuvo á punto de cogerlo por los cabellos.

—¿Qué vienes á hacer aquí? estúpido—gruñó Ruiz.

—La niña se ha puesto muy enferma.

—Pues llama al médico. ¿Qué tiene?

—Señor, urge que V. vaya.

Ruiz comprendió por la fisonomía del criado que algo muy importante ocurría y, espereándose, salió de aquella casa.

Cuando Gustavo entró á la alcoba de Rosa, se acababa de retirar el facultativo, el peligro había pasado y se oían los vagidos de un infante.

—Mira, Gustavo—le dijo Rosa, al verlo llegar, y le señaló á su hijo que se retorcía como una mariposa, recién abierto el capullo, entre los finos pañalitos de batista. El grito del amor paternal fué un *sésamo* que logró abrir la roca de aquel corazón recrudecido en el fuego innoble de las bacanales. Ruiz depuso el ceño acre de sus facciones y sacó del último escondrijo de su alma una especie de sonrisa de niño.

Este suceso volvió á atraer á Gustavo al lado de su esposa y abrió una tregua á las discordias del hogar y á la licencia en que vivía el marido. El niño, á pesar de las protestas de Lupe Verduzco y de las ironías dulcemente corrosivas de la Caperuza encarnada, [que habían venido á casa de Rosa benignamente, cuando en su enfermedad las hizo llamar] no se bautizó hasta los tres meses, porque ántes no podía venir el padrino, que era un alto jefe de zona militar en la frontera. Aunque en la fuente del bautismo le dieron varios nombres de santos, á Rosa le parecieron feos y á Gustavo mogigatos y le agregaron al niño y dejaron por nombre único el estrambótico de Ivan.

Hubo con ocasión del bautizo una frasca carnavalesca en casa y se repartieron medallas acuñadas al efecto y tarjetones con fleco de seda, alegorías salpicadas de polvo de vidrio que figuraba nieve, é impresas á varias tintas. Muchos de los concurrentes viriles llegaron al tercer período de la embriaguez.

(Continuará.)

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XV

ROSA.

(IDILIO.)

I

Son tus ojitos, niña,
Unos luceros,
Másruiseños y lindos
Que los del cielo.
¿Quién fuera noche
Para besar el limbo
De sus fulgores!

Así cantaba Rosa,
Una tarde serena y deliciosa
En que iba sonriente,
Con el cántaro al hombro,

A proveerse de agua de la fuente.
Es la gentil doncella
La zagala más bella
De todas las que habitan la comarca.
Sus trenzas de azabache
Alcanzan más allá de la cintura;
En sus ojos se miran los destellos
Del astro fulgurante en noche oscura,
Y sus labios de grana
Robaron el carmin de la mañana;
Es alta, y su traje de palmera,
Causa envidia á las mozas
Cuando la ven cruzar por la pradera.
Lleva al pecho terciado su rebozo,
Echadas las dos puntas
Sobre el hombro en que apoya el burdo cántaro,
Que va á llenar en el cercano pozo;
Y á su cintura esbelta
Se plega remangada y con esmero,
La ondulante, vistosa y limpia falda.
Caminaba despacio,
Mirando los espléndidos celajes
Que engalanaban el azul espacio,
Y suspendiendo su cantar alegre,
De cuando en cuando, para oír atenta.
Los melodiosos y variados trinos
Que entonaba el cantor de los boscajes,
El ruiseñor canoro,
En los añosos pinos.
Llegó al pozo escondido entre rosales,
Que entrelazaban sus flexibles brazos
Adornados de flores estivales,
Y caían sobre el agua,
Que retrataba en su cristal sereno
El rojo broche de hermosura lleno.
Se inclinó sobre el claro y quieto líquido,
Y al hundir lentamente el toscó vaso
Entre las leves ondas,
Contempló satisfecha
El juvenil aspecto de su imágen,
Que con las verdes frondas
Apareció en el fondo
De la linfa rizada y trasparente.
Sacó el cántaro lleno hasta los bordes,
Y lo sentó en las matas de mastranzo
Que adornaban la orilla de la fuente;
Miró en redor con atencion prolija,
Temerosa tal vez de que la vieran;
Y cuando cierta estuvo
De que en el campo nadie la observaba,
Cortó un boton galano
Que en el rosal florido se ocultaba.
Aspiró con delicia su perfume,
Y despues arrancó uno por uno
Sus diminutos y carmíneos pétalos,
Diciendo aquí:—*¿me quieres?*
—*Sí*; y allá,—*no*; hasta no quedar ninguno;
Pero tocando al último el *sí* grato
Que aseguraba á la inocente niña
No ser el dueño de su amor, ingrato.
Ya la doncella vuelve con su carga,
Ostentando en sus trenzas rojos mirtos.
Las auras de la tarde
Acarician su sien alabastrina;
Y á su espíritu embarga
El olor exquisito de los campos,
Que la envuelve do quiera que camina.
Es dichosa, y sonrío de contento,
Pensando de su amor en la dulzura,
Mientras corta azucenas
Para formar un lindo ramillete
Que regalar al novio se promete.
Y ¿cómo posará la desventura
Su destructora planta
En la frente de Rosa,
Si aquel boton de arcma delicado
Le dijo que la amaba su adorador?
Despues, cuando asomó la nívea luna
Trás la enhiesta montaña,
Descubierta la faz de blanco armiño,
Y mandando sus rayos apacibles
Sobre el verde maizal y la laguna,
Habló Rosa con Juan, de su cariño,
Junto al cercado rústico
De su natal cabaña.
Y al volver á su lecho,
Antes que despuntara el nuevo día,
Sintió henchido el ebúrneo y casto pecho,
palpitante de amor y de alegría.

No la engañó en el pozo el tierno broche:
Juan le dijo: "*te quiero*," aquella noche.

II

Llegó el Invierno con raído manto
De pardo colorido,
Imágen del dolor y el desencanto,
Destruyendo inclemente la esmeralda
Y el ropaje florido
De los prados, los valles y los montes.
Tristes son los lejanos horizontes,
Pesada y sin placer la humana vida,
Y la natura toda,
Sin savia desfallece entumecida.
Hoy tambien al morir en el Ocaso
Del tibio sol los rayos vespertinos,
Va Rosa paso á paso,
En direccion al escondido pozo.
Pero no es la gallarda y riente moza
Que el ruiseñor con su cantar saluda,
Y fuera ayer de los collados, gala;
Hoy inclina su frente la zagala,
Del dolor á los golpes iracundos,
Y su garganta muda
Ya no canta los dulces devaneos
De su ilusion primera,
Muerta al nacer, como los tenues lampos
De exhalacion lejana y pasajera.
Es acerba su cuita,
Y robó á su mirada
La suave luz de su alma enamorada.
No hay carmin en su boca de granado
Ni esbeltez en su talle;
Y al débil cuerpo por la pena enjuto,
Cubre la falda del siniestro luto;
Es sarcástica sombra de la niña
Que al vagar por el valle,
Envidiaba la flor de la campiña.
Cuando se acerca al pozo cristalino,
Ya no busca las rosas
Que le hablan cariñosas
De su doncel amado:
El Invierno mató las gayas flores
Y la implacable muerte,
Al zagal de sus púdicos amores;
Y si en la triste noche
Los ojos alza al cielo,
Al claror misterioso de la luna,
Llena el alma de grande desconsuelo,
Ya no hay quien diga á Rosa que la quiere,
Y gime desolada y sin amparo,
Y de dolor se muere.
¡Pobre virgen, que pisa sobre abrojos,
Seca en boton la flor de su esperanza!
Ya no hay llanto en sus ojos,
Ni consuelo en la senda por do avanza.
Por esto al revivir las ledas brisas
Al calor de los besos matinales
De Primavera hermosa,
Murió la bella Rosa,
Y voló á celebrar sus esponsales
A la region etérea de las nubes,
Rodeada de cándidos querubos.
Una cruz de madera, mal formada,
En un rincon del viejo cementerio,
Con siemprevivas frescas adornada:
Y á su base una piedra
En que el nombre de ROSA está grabado,
Señalan á los rústicos gañanes
El lugar donde duerme
La que en su corta vida,
Halló en amor ventura fementida,
Y en la muerte, los dones del reposo,
Con el gentil y suspirado esposo.

(Continuará.)

EL MAESTRO CEROTE.

AHI lo tienes, lector. Ese es el maestro Cerote.
Yo le conocí jóven, y era todo lo que se llama un buen mozo: bien plantado, y con un pelo negro que daba envidia.
De lo curro no digo nada: ni las moscas se le paraban encima. Cuando él se echaba á la calle los lunes [digo los lunes, porque los domingos los dedican los zapateros á echarse

al infierno;] cuando él se echaba, digo, á la calle, con su pantalon ajustado, su gorra de cascos y su corbata verde mar, prendida con la tumbaga que heredó de su abuela la tía Marina, era cosa de asomarse á los balcones para verlo pasar: tan ufano iba y tan orgulloso.

Era lo que él decía:—Mientras tenga yo mi facultad ¿quién me tose? Y tenía razon. Pero, amigo, los tiempos no pasan en vano. Y si á todo un Napoleon, cuando Dios quiso, no le faltaron toses, ménos habían de faltarle á nuestro pobre héroe que, á pesar de todo su heroísmo, jamás rayó tan alto como el vencedor de Marengo.

En efecto, las toses del maestro Cerote fueron los años, que bien pronto empezaron á hacer de las suyas. El repetido roce de la lesna comenzó á echar abajo aquel pelo anillado, que era la envidia de propios y extraños; despues las fuerzas y los parroquianos vinieron á ménos; y no tardó en llegar el día en que el portal de un viejo canónigo vino á ser el refugio donde el desgraciado hijo de San Crispín tuvo que sentar los reales de su industria, y aun contemplar con tristeza que algunos perros callejeros llevasen su mala educacion hasta el indecoroso extremo de depositar en el capazo de sus herramientas cosas, que, como las del Sr. Echegaray... *no pueden decirse*.

Pero, en fin, cuando hay alegría en el corazon y paz en el alma todo se lleva bien; así es que el tío Cerote, que era un hombre honrado sin afanes ni ambiciones, pasaba, á pesar de todo, su vida bastante alegremente, echando cada copla y cada remiendo que daba la hora.

Como no ocurriese que alguna fregatriz remilgada y fastidiosa se propusiese darle un disgusto empenándose, por ejemplo, en probarle que le había estropeado los zapatos en vez de componérlos [lo cual, dicho sea en verdad, solía suceder muy á menudo,] el tío Cerote no se incomodaba nunca.

Al medio día su mujer le traía la comida al portal; y por la noche su hija ó su yerno, que era un buen muchacho, oficial del oficio, le ayudaba á retirar las herramientas, y *pax Christi*. En seguida, y mientras se hacía la cena, que solía ser bastante ligera, tanto que á veces se escapaba, el tío Cerote cogía la guitarra; Quico, que así se llamaba *su señor hijo político*, cogía la pandereta (única prenda que segun aseguraban los vecinos había aportado al matrimonio,) y ya estaba armado el jaleo.

La encargada de las coplas era María. María tenía buena voz, y al tío Cerote se le caía la baba oyéndola cantar.

—Canta, hija mía—decía el viejo. Y María cantaba:

Al jardin de las riquezas
buscando la dicha fui
y me dijeron los Angeles:
De esa fruta no hay aquí.

—¡Ole, salero!—gritaba el marido entusiasmado de oír á su mujer.

Y el entusiasmo del corazon pasaba á la pandera, y la pandera se agitaba multiplicando hasta lo infinito sus golpes de contrapunto.

—Callad, demonios—saltaba desde la cocina la tía Manuela, que este era el nombre de la tía Cerota—¿no veis que doña Ursula, la de la jaqueca, nos va á echar á la calle?

Doña Ursula era una señora que habitaba el principal, y que llevaba siempre en los pulsos dos parches de tacamaca, medicina santa para el dolor de cabeza.

—Déjela osté que se queje á Poncio Pilatos—contestaba Quico. Y María volvía á cantar:

Qué tontos son los *chusqueles*
que corren tras la ambicion;
cuando *sin tantos papeles*
nosotros, pobres *peleles*,
llenamos el corazon.

Estos jolgorios se repetían con encantadora frecuencia.

Verdad es que la tal frecuencia no encantaba á doña Ursula la de los parches, ni á los

otros vecinos graves y ocupadísimos, para quienes era inconcebible que pudiese haber gentes pobres capaces de divertirse hasta tal extremo, siendo así que ellos, que, gracias á sus largas tareas, ocupaban una *bonita posición*, maldito si tenían ganas de reirse aunque les rascasen los pies.

Seguramente no se habían fijado nunca en las coplas de María, ni en aquello que dice el Evangelio de que *le basta al día su propio afán*.

No es esto decir que en casa del tío Cerote no hubiese también sus cosillas.

Los pobres, por ser pobres, no son impecables; aunque, por el mero hecho de no ser ricos, tengan más allanado el camino de los cielos, en el que cada millon es un repecho, y cada talega un pedrusco.

Por ejemplo, á la tía Manuela se le quemaba la sangre de que el tío Cerote, que solía ser algo aficionado á echar discursos, los echase llenos de vanidad, sin acordarse de que la riqueza espiritual del pobre, así como la pobreza espiritual del rico, no son sino meras gracias que Dios envía desde el cielo á los que orando humildemente se las piden.

—Señores—solía decir á veces el tío Cerote tosiendo á guisa de sabio que se prepara. La tía Manuela se preparaba también.

—Señores, la verdad es, que para vivir contento y tranquilo en este mundo sólo hace falta un poco de pan y un mucho de buen ánimo.

—Y un *mucho más* de gracias de Dios—saltaba la tía Cerota.

—Eso se supone.

—No basta suponerlo; es menester pedirlo.

—Manuela, no seas exagerada. No me gustan los fanatismos.

—Ni á mí las *dotorerías*.

—Te has metido demasiado en la mística.

—Vaya usted á remendar zapatos. ¿Qué entiendes tú de eso?

—Sí, señor, que entiendo; entiendo que para ser hombre de bien y no tener ambición, ni vanidad, ni soberbia, ni amor á lo ajeno, como ciertas gentes, no se necesita ser místico.

—¡Ah, ganso! ¿dónde has oído eso? Porque tú eres muy aficionado á repetir lo que oyes, especialmente cuando no lo entiendes. Pues ¿sabes Facorro lo que te digo? que los hombres de bien al *natural*, así como tú te lo imaginas, sólo suelen serlo mientras la ocasión no se presenta, ó mientras las pasiones no les pinchan. El que desdeña la piedad y la oración que hace llover las gracias del cielo, está muy expuesto á que la honradez *se le seque* á las primeras de cambio, porque aunque Dios haga llover sus gracias, que son la fuerza del alma, sobre justos y pecadores, para los vanos y los ingratos, tarde que temprano se cierra el grifo.

—Vaya, fuera disputas y venga la guitarra—saltaba María. Y volvía á oírse la voz de la zapaterilla:

Son los hombres relojes
estropeados,
compuestos por la gracia
de Cristo santo.

Quien la desdeña
verá cómo en su pecho
para la péndola.

La de las arrogantes virtudes del tío Cerote necesitó poco para pararse, como van á tener lugar de ver nuestros lectores.

Es un caso gracioso, que demuestra cuán verdad es lo que cantaba Mariquita: esto es que el reloj de nuestro corazón no anda mucho tiempo en regla sin esa fuerza que viene á cada instante desde el cielo á darle cuerda, y que á cada instante debemos solicitar por medio de la piedad y de la humilde oración; que era á lo que el asnísimio tío Cerote llamaba la *mística*.

Era una noche de verano, y la familia del remendon había dado de mano á sus tareas, disponiéndose á cenar un gazpacho andaluz de dificultosa sustancia; pero sazonado con

esa alegría que suele ser el privilegio exclusivo de los pobres que viven bien avenidos con su pobreza.

—Eran las nueve próximamente; el tío Cerote había salido á cobrar unas composturas, y su mujer, su hija y su yerno le esperaban con la mesa puesta.

De pronto levantaron la cabeza, y se lo vieron entrar con el rostro alterado de un modo extraño; no se sabía si el remendon iba á llorar, ó á reirse; verdad que esto no podía llamar la atención, porque era muy feo.

—¿Qué te pasa?—exclamó la tía Cerota.

—Silencio—dijo el remendon con aire misterioso—y se introdujo en el cuarto.

Toda la familia se precipitó tras él.

—¡Manuela! ¡Manuela mía!—dijo volviéndose de repente hacia su mujer:—somos ricos, muy ricos, riquísimos; somos millonarios.

La tía Manuela abrió la boca.

El yerno abrió los ojos.

Mariquita se quedó estupefacta.

—Mirad—continuó el tío Cerote, sacando un paquete de papeles, y arrojándolos encima de la mesa.

—¿Qué es eso?

—Billetes de banco de á cuatro mil reales. Importan dos millones. Son nuestros. Acabo de encontrármelos.

Aquellas cuatro palabras fueron cuatro tiros. La tía Cerota cayó insultada; Mariquita se puso muy pálida; Quico tuvo que apoyarse en la pared.

—¿Qué es esto, señores?—exclamó el remendon con entereza, como el capitán que anima á su gente en el peligro.—¿Vamos á morirnos todos por habernos hecho ricos? Tendría gracia. ¡Manuela, Manuela!—gritó tratando de despertar á su mujer.

La tía Cerota permaneció insultada.

—¿Si será un ataque de apoplejía?—pensó Mariquita lanzándose á la calle en busca de un médico, sin acordarse ya de los millones. El remendon no se afligió tanto.

Dos amores se excluyen; el del dinero había excluido algo al de su mujer.

—Eso no será nada—dijo al yerno.

El yerno convino en lo mismo.

Entonces, mientras volvía Mariquita, el maestro zapatero contó al marido de su hija los detalles del hallazgo.

El yerno, aunque mal, sabía leer, y repasó los billetes. Ya no cabía duda; eran ricos, muy ricos, riquísimos. Habían cambiado de posición radicalmente; bien pronto cambiarían también aquel misero cuartucho por un magnífico palacio; bien pronto tendrían coches, lacayos, títulos, honores...

El fantasma de la vanidad había empezado á extender sus alas de humo sobre el cerebro de aquellos dos zapateros.

Quico, en un momento de entusiasmo, se creyó ya vestido de frac, y transportado á los salones de su suegro.

En aquel instante la tía Manuela dió un respollido.

—Ya parece que la *mamá* vuelve en sí—exclamó Quico con afectación.

El tío Cerote se puso colorado; pero comprendió que por alguna parte había que empezar á ser fino.

—Tu *mamá*, hijo mío—exclamó en el mismo lenguaje distinguido—está á mi juicio más grave de lo que parece.

Quico se preguntó entonces lo que cumple hacer á las personas de posición cuando se les pone grave la suegra; pero en aquel momento le vino á la cabeza otro fantasma más negro que el anterior. El fantasma de la herencia, que como es natural, va siempre vestido de luto.

Si mi suegra se muere—pensó—heredo la mitad del hallazgo; es decir, un millón.

El tío Cerote notó que su yerno se rasaba la cabeza.

—Sería una desgracia—dijo Quico después de dos ó tres rascaduras;—porque con la muerte de la *mamá* habría que hacer tres particiones.

—¿Qué es eso de particiones?—saltó el tío Cerote, adivinando los pensamientos de su yerno.—Aquí no hay nada que partir.

—Pero, papá ¿y los gananciales?

—¿Qué papá, ni qué gananciales! ¡Aquí todo es mío!

—Ménos lo que manden las leyes—saltó Quico cuadrándose y echando á un lado las buenas formas.

El tío Cerote miró á su yerno, y después echó ojo á una silla.

Afortunadamente en aquel momento volvió en sí la tía Manuela; pero en cuanto bebió agua y se rehizo, salió con otra antifona de peor especie.

—Ese dinero no es nuestro—dijo;—alguno lo ha perdido; hay que devolverlo.

El zapatero, que conocía á su mujer, temió otro disgusto.

—El dinero me lo he encontrado yo.

—Porque se le habrá perdido á otro.

—No tengo necesidad de averiguarlo.

—Te equivocas, y si no consúltalo con persona de conciencia.

—Ya tenemos la conciencia en puertas. Cuando yo digo que con tus beaterías nos vas á volver locos.

—Lo que voy á hacer es que volváis los cuartos.

—Mira, Manuela, no me frías la sangre; yo soy más honrado que todos los beatos juntos, y sé cumplir con mi deber sin rezar tantos rosarios como tú. Si el que ha perdido ese capital viniese por ejemplo, preguntando por él, yo...

—Servidor de ustedes, dijo en aquel momento una voz en la puerta de la calle. ¿Me podrían ustedes decir si se han encontrado algún fajó de papeles?

El tío Cerote sintió que le faltaba la tierra de los pies.

El recién venido penetró en la entrada. Parecía un dependiente de comercio.

—Digo—repitió—si han visto ustedes por casualidad un paquetito de.....

—No, señor—saltó el tío Cerote tragando al mismo tiempo saliva para que pasase el embuste.

—Sí, señor—saltó la tía Manuela sin poder ya contenerse.—Yo lo he encontrado, y no lo había dicho á mi marido. Denos usted señas, y tome sus millones, que aquí queremos ser cristianos antes que ricos.

El desgraciado remendon iba á dar un estallido, cuando le detuvo la carejada más estrepitosa que había oído en su vida.

El hortera se apretaba los ijares.

—¿Pero es que han creído ustedes que eran billetes de verdad? No, señora. ¡Si son billetes imitados que usamos para anunciar en el dorso nuestros chocolates!

Todas las hielos del polo Norte derretidos en un momento sobre la cabeza del tío Cerote no le hubiesen dejado más frío que lo dejaron aquellas palabras.

Afortunadamente su mujer había salvado el *qué dirán* suponiéndole ignorante del hallazgo.

Cuando el tendero se hubo marchado, la tía Manuela miró á su marido, y su marido bajó los ojos.

En el alma del remendon pasó algo parecido á lo de San Pedro: sólo que el pobre tío Cerote no tenía ningún gallo que le cantara.

Pero tuvo á su mujer, que le estuvo cantando toda aquella noche para hacerle ver cuán falsa viene á ser siempre la honradez que no se funda en Dios, fuente de toda virtud.

Al día siguiente era domingo, y antes del alba se abrió la puerta del tío Cerote. Primero salía la tía Manuela acabándose de poner la mantilla. Después salía el tío Cerote con una capa de cuello alto hasta las orejas.

—Farroco, que lo confieses todo y..... *clarico*.

—Ya lo sé.

Fué lo único que hablaron hasta llegar á la parroquia.

Momentos después las vanidades del tío Cerote se extinguían á los pies de un confesor,

consumidas por el fervor de su arrepentimiento. Y diz que allí se quedaron también sus penas; así es que aquella noche, doña Ursula la de la jaqueca, volvió á oír aterrada sonar la alegre guitarra del zapatero, y luego la fresca voz de Mariquita, que cantaba más alegre que nunca:

Del corazón de Cristo
brotó una fuente,
que el agua de la vida
lleva á torrentes.
Sin esa agua
no dan fruto las flores
de nuestras almas.

A. C. y G.

LA CASA DEL CURA.

Allá en mi Nueva Granada,
Viajero, tienes posada
Bien segura,
Hay una casa de todos:
La del cura.
Pobre ó rico, enfermo ó sano,
Muéstrelo grande ó villano
Su figura,
Sabe que es casa de todos
La del cura.
Viejo, huérfano, mendigo,
Todo el que anda sin abrigo
Ni ventura,
Tiene la casa de todos,
La del cura.
Nido y migaja de pan
Allí el ave, sin afán
Se procura,
Que al fin es casa de todos
La del cura.
Ve á la plaza del poblado
Y de la torre al costado
Con lisura,
Busca la casa de todos
La del cura.
Sobre el techo el aire mece
Arbol qua á todos ofrece
Su frescura,
Porque es la casa de todos
La del cura.
Una cruz sobre la puerta
Dice á todos: *siempre abierta,*
Siempre pura,
Esta es la casa de todos
La del cura.
No verás allí esplendor
Que oro no alivia dolor,
Ni es ventura,
Pero es la casa de todos
La del cura.

Rafael Pombo.

(Colombiano.)

LECCION PROVECHOSA.

MISTER Kent, propietario de una de las mejores fábricas de fundición de metales de Londres, recibió en su casa para desempeñar uno de los últimos puestos de sus talleres á un obrero que dijo llamarse Jorge, el cual, según confesión propia, no había trabajado nunca en ninguna fábrica, si bien tenía algunos conocimientos en el oficio.

Nadie le recomendaba, ni pudo presentar ninguna persona que respondiese de su conducta, porque á nadie conocía en Londres. Únicamente dijo que desgracias de familia le obligaban á dedicarse al trabajo, y que había escogido aquel oficio por inclinación, y porque poseía ciertas teorías de las que esperaba un buen resultado en la práctica.

Mister Kent se contentó con todo esto que no era mucho, y admitió al obrero, poniéndole bajo la dependencia de un oficial. No tenía necesidad de un hombre más en su fábrica, pero el obrero le fué simpático.

El exterior de Jorge prevenía en su fa-

vor; era hombre de mediana estatura, pálido y delgado, de grandes ojos azules, cuya mirada triste y distraída revelaba inteligencia y bondad; un surco morado debajo del párpado inferior denotaba vigiliadas, de la orgía ó del hambre. Aun cuando aparentaba lo más veinticinco años, su rubio cabello empezaba á encanecer.

Llevaba el modesto traje del obrero aseoado y curioso, como hombre que aprecia el cuidado de su persona.

Ninguno de los trabajadores de la fábrica le conocían, lo cual probaba la verdad de sus palabras cuando afirmó á Kent que no había trabajado nunca.

Desde el primer día su conducta fué intachable: era el primero que entraba y el último que salía sin que se le viera distraerse ni abandonar su trabajo para fumar su pipa ó perder el tiempo en otra clase de entretenimientos.

Era parco en palabras; si cualquiera se dirigía á él contestaba con urbanidad y agrado, sin manifestar educación escogida; no se le oía proferir ni una de esas frases groseras y poco cultas que tanto abundan en los talleres.

Al terminar el trabajo se dirigía á su casa sin que nada pudiera hacerle entrar en la taberna, y solamente salía cuando había algún compañero enfermo á quien visitar.

Si éste era pobre podía contar con que Jorge al despedirse pondría encima de la mesa una moneda de plata: ganando muy poco, aún ahorra. —'Como no bebo, gasto poco,' —decía cuando algún compañero se extrañaba de que pudiera ser generoso.

Los días de fiesta no había que contar con él; algunos compañeros fueron á buscarle en varias ocasiones, y hallaron la puerta cerrada. Jorge decía que pasaba el día en el campo.

No se le conocían amigos, ni novias: en cambio se le veía en la Iglesia con alguna frecuencia. Todo esto contribuía á que hubiese adquirido en la fábrica cierta estimación.

Mas, como nunca faltan caracteres discolos y envidiosos, un día uno de los obreros trató de armar con él camorra.

—Mira—le dijo lacónicamente Jorge.

Y levantó con una mano un enorme cilindro de acero, que pesaría muy bien cinco arrobas, arrojándole á más de doce pies de distancia. Luego añadió.

—Si después de haber visto esto quieres que te rompa las muelas, avisa.

La advertencia surtió efecto: desde aquel día nadie volvió á molestarle.

En el oficio, sabía más que el oficial á cuyas órdenes trabajaba y que todos los obreros de la fábrica; pero tenía el talento, cuando indicaba el medio de simplificar una operación ó de discurrir alguna nueva aleación de metales, de hacerlo de manera que partiese la iniciativa de su maestro. Especialmente en química y mecánica tenía conocimientos particulares.

Kent recibía informes satisfactorios todas las semanas respecto al obrero; llamándole esto la atención, él mismo estuvo vigilándole por espacio de un mes, adquiriendo el convencimiento de que podía enseñar á sus maestros al cabo de dos años que llevaba en la casa.

Un sábado, en vez de pagarle su jornal en el despacho de la fábrica, le hizo subir al suyo.

—Jorge—le dijo—estoy enterado de vuestro trabajo y tan satisfecho de vos, que desde principio de año voy á ponerlos al frente de mis talleres.

Jorge, en vez de alegrarse hizo un gesto de disgusto, que no pasó inadvertido para Kent.

—¿Cómo—añadió—rehusaríais?

—Señor, os agradezco en el alma esa muestra de afecto y distinción; pero no puedo aceptar en interés vuestro y en el mío.

—¿Por qué?

—Soy el obrero más moderno en vuestra fábrica; no tengo aún el título de maestro; hay aquí muchos hombres que llevan quince años

trabajando, y al ver que les anteponeis uno de ménos edad, de ménos tiempo de oficio y acaso de muchos ménos conocimientos, han de disgustarse de lo que ellos creerán una injusticia, y este disgusto natural, llevará en pos de sí la deserción. Por premiar los servicios de uno solo, tal vez de un modo exagerado, os vais á privar de vuestros mejores obreros; esto por lo que os atañe. Respecto á mí... ¡ah, señor! ¡no me separéis de mi puesto... no me hagáis orgulloso...! Yo hasta ahora estoy bien quisto entre mis compañeros; esta elevación, inmotivada para ellos, me atraería su oído... dejad las cosas como están.

Kent debió pensar tan juiciosas razones y no volvió á hablarse del asunto, si bien creció en él la consideración que el obrero le inspiraba.

Así pasaron veinte años: Jorge llegó á ascender por antigüedad al puesto que había rehusado por modestia; los negocios de la fábrica en sus manos iban con una prosperidad creciente.

Kent pensaba darle participación en las ganancias, cuando una mañana, Jorge, á quien el constante trabajo tenía ya muy delicado, tuvo que retirarse.

Kent envió al día siguiente un recado á su casa, pero una persona de la vecindad dijo que el Sr. Jorge no había parecido por allí desde el día anterior en que salió, como siempre, para dirigirse á su trabajo.

Kent, en la inteligencia de que al salir de la fábrica había empeorado en la calle, hizo toda clase de gestiones para averiguar su paradero, aunque inútilmente. Su afición era extrema: habían transcurrido ocho días y nada sabía del obrero.

Una mañana se detuvo un coche delante de la fábrica; descendió de él un anciano grave y afligido, que tenía el aspecto de un ayuda de cámara, y avistándose con Mister Kent, le suplicó de parte de su amo el Duque de M... viniera, pues hallándose enfermo de peligro, quería hablarle ántes de morir.

Kent, aun cuando no conocía á aquel personaje, se apresuró á complacerle; montó en el carruaje, que á la media hora se detuvo delante de un antiguo y suntuoso palacio.

Le hicieron atravesar el parque, el vestíbulo y varios espléndidos salones, hasta un lujoso gabinete, donde había un dormitorio. ¡Cuál no sería el asombro del fabricante al ver en aquel su querido obrero Jorge! Este le tendió sonriendo una mano huesosa y amarillenta, exclamando:

—¡Ya véis á qué extremo me han conducido las preparaciones químicas de vuestra casa para fundir metales!

—¡Pero, señor...! ¿qué significa esto?—preguntó Mister Kent.

—Os lo voy á decir, mi querido principal, si las pocas fuerzas que me quedan me lo permiten, y espero que haciendo pública mi historia en la fábrica, vuestros operarios, mis compañeros, saquen de ella una lección provechosa.

Mi padre, el Duque de M... murió cuando estaba yo en el colegio siguiendo mis estudios; yo era hijo único, y á los diez y seis años recayó sobre mí el enorme peso de llevar dignamente uno de los títulos más ilustres de Inglaterra. Pero ¡ay! aun cuando mis propósitos eran buenos la fatalidad dispuso lo contrario. Dueño en tan temprana edad de una inmensa fortuna, y con la impetuosidad y orgullo de mi raza, me lancé al gran mundo, ávido de goces y de libertad. No tengo que esforzarme mucho para demostraros que en ocho años cometí todas esas locuras que destruyen el cuerpo, debilitan el alma, matan la fé y arruinan la fortuna mejor cimentada. A los veinticuatro años me encontré hastiado de todo, habiendo apurado ya la ingratitude de los hombres y la frivolidad de las mujeres; ya no había en mi alma cuerda que vibrase á impulso de ninguna idea noble; mi fé religiosa, tan ardiente en otro tiempo, había desaparecido; tenía repugnancia á la vida, deseaba la tranquilidad del sepulcro. Impresionado con tan

fatales ideas, cogí un día una pistola, y dando un adiós á mi palacio, me dirigí al campo para saltarme la tapa de los sesos; cuando al pasar por vuestra fábrica ví que los obreros salían tan alegres y satisfechos con la felicidad del hombre que emplea bien la vida.—“¿Qué es esto?”—me dije asombrado.—“Esto es el trabajo.”—Repitió una voz en mi interior.—“El nuevo goce que debes apurar ántes de salir del mundo por la sombría puerta del suicidio.”—Aquello fué mi salvacion: al día siguiente me compré un traje adecuado, y ya sabéis lo demás. He pasado veinte años en vuestra casa siendo obrero seis días á la semana y Duque el domingo: la práctica de mis estudios de química me ha servido de mucho; el santo y noble trabajo del obrero me ha devuelto la robustez del cuerpo, y la tranquilidad del alma ha vuelto otra vez con la fé religiosa, y creo que mi padre, á quien dentro de poco voy á ver, estará contento de mí. ¡Si el hombre supiera lo que debe al trabajo no habría ningun holgazan sobre la tierra, ni tampoco ningun desesperado!

Jorge hizo una pausa para recuperar sus fuerzas, que ya le abandonaban para siempre; luego señalando á una mesa que había en el gabinete cubierta de monedas, prosiguió:

—Ahí tenéis, Mister Kent, los jornales que he ganado en vuestra fábrica, lo mismo que los he recibido. Yo Duque, yo hombre acaudalado, no podía, no debía gastar en mis trenes ese dinero, por más que lo hubiera ganado bien.

—¡Oh, muy bien!—interrumpió el pobre fabricante con los ojos inundados en lágrimas.

—Distribuidlo equitativamente entre mis compañeros; reservo además una parte de mis bienes para dotar á sus hijas y establecer á sus hijos. Decidles que muero bendiciéndolos, porque ellos contribuyeron á que el extraviado se arrepintiese entrando en la senda del deber; porque ellos me han enseñado á trabajar, y más que eso, á honrar, á santificar el trabajo. Como veréis por mi testamento, me encargo tambien del dote de vuestra hija; vos, que habeis sido para mí amo cariñoso y bueno, admitiréis ese testimonio de agradecimiento.

Jorge no pudo proseguir; entraba en la agonía.

Mister Kent permaneció allí hasta que espiró; y despues de cerrarle los ojos con piadosa mano, salió con el corazón angustiado del palacio de aquel obrero.

Al día siguiente, entre Duques y Pares, cuatro trabajadores de la fábrica de Mister Kent conducían en hombros, desde la iglesia hasta el panteon de familia el lujoso ataúd donde iban los restos del Grande humilde llamado Jorge.—P. E.

A MEDIA LUZ.

A FEDERICO BALART.

Eres, Federico, querido algo más que maestro de la poesía lírica con temporánea; eres el restaurador insigne de la poesía del sentimiento. Un aplauso tuyo es la sancion de la belleza; ser tu amigo es la recompensa más dulce á que puede aspirar un alma buena. Figúrate cuál será la aspiracion eterna de la mía, y cuál fuera tambien mi orgullo si lograrse que esta poesía, que te dedico, mereciera tu aprobacion.

¡La tarde estaba obscura! El aire frío, fúnebre precursor de la tormenta, del cementerio umbrío escalaba la tapia amarillenta con eco sordo de lejano río. En lo más solitario, allí, casi sin luz, junto á la ermita, que corona el humilde campanario, al pie de un sauce que en su puerta crece, adornada de lámparas y cruces, una capilla lóbrega aparece con paños negros y llorosas luces.

Todo en silencio alrededor yacía, y á intervalos tan sólo se escuchaba el rumor de la cera que crujía y el son del campanario que doblaba; por la que nunca más despertaría! ¡Sus amarillas manos ví sujetas con lazos oprimidos, y el cárdeno matiz de las violetas dibujaba sus párpados vencidos! Cuando muerta mis ojos la veían, sin conocerla, en llanto se anegaban; y los ecos del aire me fingían los gritos con que al mundo la llamaban los que ya para siempre la perdían. Al nivel de su oscura cabellera y al fulgor de la lámpara oscilante, ví una cruz cuyos brazos de madera humedeció la lágrima postrera de triste madre ó de infeliz amante. Angel ó Virgen, que cual flor temprana marchita duermes sobre el mármol frío, bajo los brazos de la cruz cristiana; ahora que no despierta tu cándida hermosura; ahora que estás abandonada y muerta, y que á la noche te hallarás cubierta por el polvo de estrecha sepultura; ahora que el dedo de la muerte fría desvaneció la luz de tu mirada, donde un amante en su expansion solía ver su tierna inquietud recompensada, yo, viajero, ignorado peregrino, á tus amores y á tu suerte extraño, ante tu blanco féretro me inclino.... ¡Y cuando á nadie encuentro en tu camino, yo sólo en tu sepulcro te acompaño!

Cárlos Guido Spano.

PROTECCION DE MARIA.

ALGUNAS GRACIAS DE MARIA AUXILIADORA.

CUANDO para alcanzar una gracia le pedían oraciones á D. Bosco, en tanto que prometía las suyas y las de sus niños, aconsejaba al interesado que se encomendase á María Auxiliadora rezando una novena de tres *Padre nuestros*, *Avemarias*, *Gloriapatris* y *Salves*, dábale una medalla de María Auxiliadora y exhortaba hacer una limosna como medio más seguro de obtenerlo todo de la Santísima Virgen. Mas censuraba con frecuencia esa especie de desconfianza de los que prometen una ofrenda en caso de obtener lo que desean: “No corresponde al hombre, decía, poner condiciones á Dios.”

“Es preciso comenzar por dar con sumision, sin reserva, sin restricciones, con fé y confianza absolutas. En tal caso Dios abre sus manos y distribuye sus larguezas. *Date et dabitur vobis*. Dad y se os dará. La experiencia demuestra la extraordinaria eficacia de este medio para obtener las más señaladas gracias; millares de veces he podido convencerme de ello (1).”

Conviene notar los varios modos con que Dios concede las gracias que se le piden. Unas veces es menester larga oracion, que al fin es premiada la perseverancia; otras se obtiene la completa liberacion de un mal; ora tan sólo que el mal no se agrave, ora que se mitigue. Consiguiese en ocasiones gran resignacion á la divina voluntad, ó que el Señor nos libre de otros males, ó que en vez de un favor temporal nos acuerde uno espiritual. En todo caso nuestra oracion presentada por María al trono del Altísimo es oída, y debemos cumplir llenos de gratitud las promesas hechas.

Seguros estamos de ser atendidos. El Evangelio lo dice: *Qui petit, accipit*, jamás la oracion es estéril [2].”

(1) Carta á los Cooperadores Salesianos. Véase en el *Boletín* de Enero de 1888, ó en D. Bosco por el Dr. Cárlos d’Espiney.

(2) D. Bosco, *Lecturas Católicas*, María Auxiliadora.

UNA MEDALLA DE MARIA AUXILIADORA.

Vivía en Vinovo, aldea cercana á Turin, una jóven llamada María Stardero, la cual tuvo la desgracia de perder totalmente la vista. Ansiosa de recobrarla concibió el pensamiento de hacer una peregrinacion á la iglesia de María Auxiliadora, y en 1869 un sábado del mes consagrado á la Madre de Dios, acompañada de su tía y de otra señora se presentó en el templo. Despues de breve oracion ante la imagen de la Santísima Virgen y de recibir la bendicion de María Auxiliadora, tuvo con D. Bosco en la sacristía esta conversacion.

—¿Cuánto tiempo hace que estais enferma?

—Mucho, pero hace como un año que nada veo.

—¿Habeis consultado á los médicos? ¿Qué dicen? ¿No os han dado algun remedio?

—Hemos usado toda clase de remedios sin resultado alguno, respondió la tía; los médicos no dan la menor esperanza. Y se echó á llorar.

—¿Distinguis los objetos grandes de los pequeños?

—No, señor, no distingo nada absolutamente.

—¿Veis la luz de esa ventana?

—No señor, nada veo.

—¿Quereis ver?

—Señor; soy pobre, necesito la vista para buscar la subsistencia, ¿no he de quererlo?

—¿Os servireis de los ojos para bien de vuestra alma y no para ofender á Dios?

—Lo prometo con todo mi corazón.

—Confíad en la Santísima Virgen, ella os sanará.

—Lo espero, mas entre tanto estoy ciega.

—Vereis.

—¡Ver yo!

Entonces D. Bosco, con tono y ademán solemne, exclamó:

—A gloria de Dios y de la bienaventurada Virgen María, decid ¿qué tengo en la mano?

La jóven abrió los ojos, los fijó en el objeto que D. Bosco le presentaba y gritó.

—Veo una medalla de la Santísima Virgen.

—Y en este otro lado de la medalla (mostrándole el reverso) ¿qué hay?

—Un anciano con una vara florida; es San José.

Renunciamos á describir lo que entonces pasó: sólo añadiremos que habiendo María extendido la mano para coger la medalla, cayó ésta al suelo yendo á para en un rincón de la sacristía, y la misma María, por orden de D. Bosco, la buscó y la halló, con lo que dejó á todos perfectamente convencidos de la realidad de la curacion, la cual fué tan completa como prodigiosa, porque María Stardero no ha vuelto á padecer de los ojos.

¡Cosa singular! La tía que la acompañaba curó simultáneamente de un agudo reuma que le impedía el trabajo.

UN ESTROPEADO.

En la mañana del 4 de Junio de 1874, fiesta del Corpus, al abrir la iglesia de María Auxiliadora en Turin encontré recostado en el umbral de la puerta á un hombre que parecía enfermo.

Preguntado sobre lo que padecía, respondió que había venido á implorar la bendicion de María Auxiliadora para obtener la salud.

Fué conducido, ó mejor llevado á la sacristía, porque aunque usaba una muleta, tenía el cuerpo tan contrahecho que aun acompañado de una persona difícilmente podía moverse.

A eso de las ocho llegó allí D. Bosco.

—Amigo mío ¿qué desea?

—Que me hagais la caridad de darme la bendicion de María Auxiliadora para curar.

—¿Cuál es vuestra enfermedad?

—Estoy tullido por un reuma y tengo una enfermedad de la espina dorsal.

—¿Cómo habeis podido llegar aquí?

—Esta noche una persona me ha conducido y me ha dejado á la puerta de la iglesia.

—¿Cuánto tiempo hace que padeceis así?

—Hace ya largo tiempo, pero de dos meses acá no puedo mover las manos.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que mi nomal tiene remedio; por lo que mis padres, mis amigos y mi párroco me han aconsejado que venga á implorar la bendicion de María Auxiliadora, que ha hecho tan maravillosas curaciones.

—Arrodillaos.

Con gran trabajo y ayuda de los asistentes consiguió arrodillarse.

D. Bosco le dió la bendicion, y luego le dijo:

—Si teneis confianza en María, abrid la mano.

—No puedo.

—Sí, podeis; comenzad por extender el pulgar.

Lo extendió en efecto.

—Ahora el índice.

Lo extendió del mismo modo, y así sucesivamente todos los dedos.

Entonces lleno de gozo haciendo la señal de la cruz exclamó:

—María Santísima me ha hecho esta gracia.

—Sí, María os ha hecho esta gracia; dad gloria á Dios poniéndoos de pie.

Quiso tomar la muleta.

—No, debeis dar esta muestra de confianza en María levantándoos sin muleta.

Así lo hizo. La quebradura de la espina dorsal y la contraccion de las piernas y brazos habían desaparecido, y el hombre perfectamente sano se puso á andar á paso tirado en la sacristía.

—Amigo mío, id ahora á expresar vuestro reconocimiento á la Santísima Virgen, haciendo una genuflexion delante del Santísimo Sacramento.

Obedeció en el acto.

—¿Dios mío! ¿Dios mío! exclamó, ¡qué grande es mi dicha en poder despues de tanto tiempo moverme y gobernar mi cuerpo! ¡María Auxiliadora, rogad por mí!

—Amigo mío, prometedme que en adelante tendreis gran devocion á la Santísima Virgen y que sereis un buen cristiano.

—¡Oh! lo prometo, y el domingo próximo me confesaré y comulgaré.

Y diciendo esto, toma su muleta, la tercia como si fuese un fusil, marca deliberadamente el paso á lo militar y sin decir palabra se retira.

Pensaron que volvería al ménos para dar gracias á Dios; pero, recibida la bendicion de María Auxiliadora, había obtenido la gracia que solicitaba y juzgó sin duda que no tenía otra cosa que hacer, pues nunca más se le ha visto.

LA PUERTA.

A los veinte años, cuando llamaban yo mismo abría.

—¿Quién llamará?

¿Será el cartero tan esperado?

¿Quién vendrá á verme?

¿Qué me traerán!

Cuando ahora llaman huyo á mi cuarto.

—Dí que no hay nadie

¡dejadme en paz!

Algún disgusto

ó algún imbécil....

vaya unas horas....

¡quién llamará!

A los veinte años

de noche vienen

las mariposas

á revolotar.

Traen esperanzas, traen buenas nuevas, que no las maten ¡que anuncian paz!

A los cincuenta

de noche vienen

arañas negras....

¡qué miedo dan!

Son agoreras

de tristes cosas,

triste es la noche

y el despertar.

A los veinte años:

—¡Un telegrama!

—Venga corriendo

¿qué anunciará?

¡Trabajo nuevo!

¡Fondos que llegan!

El padre vuelve,

¿qué nos traerá?

A los cincuenta

llaman de noche:

—¡Un telegrama!

¡Me hace temblar!

¡Cuál de mis hijos

estará malo!

¡Quién se habrá muerto!

¡Qué pasará!

—¡Ay! Ha treinta años

me despertaba

la deslumbrante

lumbre solar,

y cual los pájaros

saltan del nido,

cantando alegre

yo hacía igual.

Hoy mis ventanas

cerradas dejo;

la luz me ciega,

dormí muy mal....

Que no hagan ruido,

no despertarme....

¡Ay, más valiera

no despertar!

Eusebio Blasco.

LO PRIMERO ES LO PRIMERO.

CANSADO de azotar calles, de mirar á las ventanas y de retorcerse los bigotes, entró Aurelio en el café del "Aguila blanca," acomodóse en una poltrona, y púsose á leer el primer diario que cayó bajo su mano, devorando las interesantes relaciones de la corrida de toros y del altercado de unas verduleras, hasta que le interrumpieron dos amigos tan ocupados como él, que llegaban á descansar de sus *callimensoras* tareas.

—No se puede negar, dijo Aurelio, que este es el mejor diario de la ciudad: lo tiene á uno al corriente de cuanto pasa.

—Parece redactado por tí, replicó Estéban, porque lo ves todo por tus ojos.

—No tanto, hombre. ¿Cómo había de ver esas valientes arañadas de la Chata y la Boqueta, si á esas horas estaba en la plaza embebecido con el Enjalmado y Lagartijo?—Pero, mozo, tráenos unas tazas de café, y no olvides el ajenjo.—¿Te gusta, Cornelio?

—Prefiero el brandy de Tres Estrellas.

—No dispusto de gustos. Mira, mozo, trae ese brandy, sin perjuicio del ajenjo.

—Aquí saben lo que es preparar café: en ninguna otra parte le conservan tan bien su propio aroma.

—Y se siente de léjos.

—Como que es el café de Muzo, mejor que el de Moka.

—Y como que pasa por las manos de Alvarsánchez, que si estuviera en Inglaterra podría aspirar á ser cocinero de la Reina Victoria.

—O por lo ménos su cafetero mayor.

—¿Cómo te gusta á tí?

—Ya se sabe; negro como un demonio, caliente como un infierno, y amargo como unos nones.

—¿Qué bárbaro! Dí más bien que dulce como un *si*.

—El *si* es que para tí el café no es más que un pretexto para tomar azúcar. Todavía eres niño goloso.

—Dulce ó amargo, observa Estéban, como tenga mucho aroma que combinar con el de un habano....

—Indirectas del Padre Cobos! Y que éstos me han venido directamente de la mejor hoja de Vuelta—Abajo. A buena hora llegas, Luis.

—Y á buena te encuentro, Aurelio. ¿Sabes que puedes recobrar tu caballo?

—¿El café?

—El café.—Ustedes no saben quizás que Aurelio no lo quiso dar por mil pesos; y que luego desapareció. Lo acabo de ver, y si acudes pronto, lo reclamas. Puedes citarme como testigo.

—Ya iré más tarde. Estoy muy ocupado con estos amigos. Muchacho! otra taza!

—Sí; muy ocupados estamos, dice Cornelio. No es fácil dejar este café, ni estos puros, ni esta conversacion. Dices bien, Aurelio; ya irás más tarde. Tiempo hay para todo.

—Pero, hombre; si se lo llevan, y no lo vuelves á ver.

Excusado es decir que cuando Aurelio acabó de beber, y de fumar, y de criticar la última comedia, etc., etc., no quedaba de su *café* ni el rastro que deja una golondrina en el aire.

—¿Y ahora qué hacemos? Aconséjame, Luis.

—Vamos corriendo á dar el denuncia á la policia. Avisemos por el telégrafo á los pueblos vecinos, para que lo detengan! Pero pronto!

—Vamos, vamos allá. Pero aguarda que en este almacen tengo que cobrar unos cincuenta pesos.

—Ya volverás: vamos presto.

—Lo primero es lo que esta á la mano.

Y entrándose en el almacen, pide las cuentas, que no se encuentran al punto, que resultan confusas, que traen discusiones. Luis se quemaba la sangre.

—Patron! patron! grita espantado su sirviente, que llega jadeante.

—¿Qué hay? qué sucede? Tienes cara de muerto.

—Señor!... que se quema la casa!

—Corramos, urge Luis, empezando á salir.

—¡Y que sólo en billetes de Banco puedo perder algunos miles!

—Pues muévete. Corramos! volemos! (tirándole del frac.)

—¿No ves que estoy arreglando esta cuenta? *No tengo tiempo.*

Y cuando lo tuvo, no había para él ni billetes, ni casa, ni habanos, ni café, ni ajenjos, ni brandy de Tres Estrellas.

—¿Qué cosas inventan estos escritores! ¿Dónde ha de haber hombre tan estólido que por una taza de café deje perder un caballo de mil y más pesos, y que por cobrar cincuenta, no vaya á salvar de un incendio su fortuna?

—No me enojaré con tu regaño, descontentadizo lector, si me das pruebas de que tú no eres algo más falto de juicio que mi Aurelio. No vayais, pues, nunca á decir que por atender á fruslerías no tienes tiempo para cuidar de las riquezas del espíritu; que por intereses de este mundo no tienes tiempo para arreglar tu conciencia, para salvar tu alma del incendio eterno. Y á propósito, ¿cuánto hace que no te confiesas?

—Hablaemos otro día: ahora *no tengo tiempo.*

X, S. J.

LETRILLA.

Que el viejo que con destreza se ilumina, tiñe y pinta, eche borrones de tinta al papel de su cabeza; que enmiende á naturaleza,

en sus locuras protervo;
que amanezca negro cuervo
durmiendo blanca paloma:
con su pan se lo coma.

Que el sastre que nos desuella
haga con gran sentimiento
en la uña el testamento
de lo que agarró con ella;
que deba tanto á su estrella
que las faltas en sus obras
sean para su casa sobras,
miéntras la muerte no asoma:
con su pan se lo coma.

Quevedo.

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas POR ALTER.

LVIII

LOS RESTAURADORES DEL REINO.

(CONTINUACION DE LA ANTERIOR.)

HEMOS dicho ya, que al morir D. Miguel Velázquez heredó su hijo D. José con su valor, prudencia y sagacidad, su honradez y religiosidad. Apenas contaba diez y seis años cuando fué honrado con el título de sustituto de su padre segun cédula real del rey Felipe V, de fecha 28 de Noviembre de 1722.

Con tal honra, se empeñó de tal manera en corresponderla, que en 1728 siendo teniente de su padre destruyó la famosa cuadrilla de Pedro Raso compuesta de sesenta bandidos; y ya en posesion de su empleo derrotó á Garfias, Miguel Valle, González, Ojeda y otras más de doce cuadrillas, llegando á sentenciar en su época trescientos sesenta y siete reos á la última pena y mil cuatrocientos veinticinco á presidio.

El mejor elogio que puede darse á estos dos valientes es el que de ellos hizo el Virrey Marqués de las Amarillas concluyéndolo con estas palabras: "Hoy ya se cuenta con la seguridad en los caminos, así como de muchas vidas, debido todo *al íntegro, constante celo y esforzado valor de los capitanes D. Miguel y su hijo D. José Velázquez de Lorea.* (1)

Su acendrada rectitud hizo se le honrase con el cargo de alguacil mayor del santo tribunal de la Inquisicion, alcalde de la santa hermandad y juez por Su Majestad, de la real Acordada de este reino y de el de la Nueva Galicia.

Respecto á su religiosidad, tenemos un testigo imperecedero en la inmortal obra ejecutada por el Miguel Angel mexicano, D. Eduardo de Tresguerras, en el templo de Santa Rosa, reedificado desde sus cimientos á expensas de nuestro valiente queretano, dedicado el 24 de Enero de 1852, cuya arquitectura admira á propios y extraños.

Murió religiosamente en esta misma ciudad, siendo celebradas unas solemnes honras fúnebres en el citado convento, siendo su muerte muy sentida por todos; pero más especialmente por el virrey quien supo apreciar debidamente sus virtudes, así como por las beatas, quienes derramaron abundantes lágrimas en su orfandad.

Su cuerpo fué sepultado en el templo con inusitada pompa y su retrato fué colocado en uno de los muros, en donde permaneció hasta hace poco tiempo que fué trasladado á la sacristía, donde permanece actualmente.

Existe una calle con el título de Velázquez, cuyo título segun una tradicion, le vino por haber vivido allí algun tiempo el citado capitán en la casa grande de la esquina.

El Venerable Fr. Antonio Margil había predicho que D. José seguiría en todo, el ejemplo de su padre, lo cual se verificó exactamente.

La práctica tenida por el capitán D. José en su azarosa carrera, hizo que á su muerte hiciese recomendacion especial á su hijo, á fin de que excusase el cargo que de seguro le sería propuesto; pues no obstante que siempre obró con rectitud y justicia, siempre se vió aecchado por sus enemigos, de los que Dios siempre le libró.

Fr. Ignacio Espinosa de los Monteros escribió en 1756 un elogio fúnebre del capitán que nos ocupa, y en él encomia de una manera digna las virtudes y proezas de este grande hombre, llamado con justicia por el Virrey Marqués de las Amarillas: "El restaurador del reino."

Querétaro habrá tenido en épocas posteriores, hombres valientes y útiles, no cabe duda; pero uno en quien se viesen hermanadas la rectitud á la justicia, la severidad á la prudencia, el valor á la sagacidad y la energía á la religiosidad, no se ha dado el caso; al ménos, las crónicas no refieren otro igual.

MAÑANA TROPICAL.

AL SR. LIC. D. MANUEL JOSE OTHON.

Ondulan en el llano los maizales;
Se mecen suavemente los trigales;
Suspira el viento en las tupidas frondas,
Y en el lago sucédense las ondas
Quebrando entre los juncos sus cristales.
Pulsa su lira el ruiseñor, y canta;
El sol por el Oriente se levanta
Y prende al bosque con sus flechas de oro;
El himno de los bosques se agiganta
Y con eco triunfal vibra sonoro.

La mariposa sin cesar se mueve;
La abeja, néctar en las flores bebe;
Grazna el cuervo, de pie sobre la roca;
Y á la torcaz la compañera evoca
Con monótono canto que conmueve.
Trina el turpial en la hondonada; grita
El pájaro perdido en la espesura;
El gavilan recorre la llanura,
Y acurrucado el tecolote imita
Un ídolo de barro en grieta oscura.

Surca la garza silenciosa el lago;
En el cristal pulido se recrea
Y su plumon de nieve balancea;
Miéntras del viento al cariñoso halago,
El juncal en la orilla cabecea.

En los esteros brillan los pescados;
Sin ruido, paso á paso, los venados
Se acercan á la orilla; las culebras
En el légamo bullen y en los prados
La araña tiende sus plateadas hebras.

Ruge el tigre; se para, se endereza;
Orgullosa sacude la cabeza
Y tranquilo penetra en el bosque,
Ondulando con gracia de princesa
La piel rayada de su pinto traje.

Las cotorras en grupo merodean
Por milpa y sembradío, revolotean
A gran altura; de volar cansadas,
Bajan como langostas, en bandadas,
Y los bambús con furia picotean.

Pueblan los chupamirtos la montaña;
En las verdes alfombras de espadaña
El lustroso ganado se recrea;
La débil choza del pastor humea,
Y sale el labrador de su cabaña.

Suena la voz alegre del ranchero;
El arado sujeta el besanero;
Aperan los arrieros el atajo,
Y en la fragua, las chispas del acero
Anuncian el concierto del trabajo.

Miéntras la sierra por el sol herida,
Extiende al llano su soberbia falda
De corpulentos árboles vestida,
Como el hervor de plata derretida
En un crisol enorme de esmeralda.

Heriberto Aguirre y Fierro.

México, Junio 8 de 1897

MUERTE DE SAN LUIS GONZAGA.

La caridad consumió á nuestro Santo como preciosa víctima. Cuando afligió á Roma una terrible peste se distinguió San Luis por el celo y abnegacion con que socorrió á los enfermos, tanto que no pudiendo moderar su amor al prójimo hizo presa bien luego en él el contagio. Como desde luego se descubrió violenta la enfermedad, pidió con instancia se le administraran los Sacramentos, y los recibió con tanta serenidad y con tanta devocion, que sacó las lágrimas á todos los circunstantes. Los cardenales de la Rovera y Gonzaga, sus parientes, que le visitaban con frecuencia, no acertaban á separarse de él, y salían siempre con el corazon penetrado de dolor, y sensiblemente movido con la devota impresion que hacían en todos sus palabras. No pudiendo disimular el consuelo que sentía su alma de verse morir Jesuita, todas las veces que le visitaba el cardenal Gonzaga le repetía las gracias por los buenos oficios que le había hecho para allanar las dificultades que se oponian á su vocacion. Tenía siempre en la mano un Crucifijo y una imágen de la Santísima Virgen delante de los ojos. Tres días ántes de morir se puso sobre el pecho un Crucifijo, y con semblante risueño repetía sin cesar aquellas palabras del Apóstol: *Deseo ser desatado, y estar con Jesucristo.* Aunque no se reconocía novedad alguna en su enfermedad, dijo positivamente con su natural alegría que aquella noche moriría. Recibió la bendicion apostólica que le envió Su Santidad y quiso tambien que le volviesen á administrar los Sacramentos; despues de los cuales pidió le leyesen la recomendacion del alma con las últimas oraciones de la Iglesia, cuya postrera funcion enterneció y movió tanto á los circunstantes, que todos se querian recomendar en las del mismo moribundo. En fin el juéves por la noche 21 de Junio de 1591, entregó dulcemente su espíritu en manos de su Criador, á los veinte y tres años de edad y á los seis de su entrada en la Compañía. Tal es el asunto representado con singular uncion por el pincel del eminente artista cristiano P. Páramo en el último cuadro de los que constituyen la preciosa serie que consagró á San Luis Gonzaga.

CANCION.

(Traduccion de don Eulogio Florentino Sáenz.)

Mucho, en verdad, los dos hemos sentido
Tú por mí, y yo por tí!.. Y hemos vivido
Llevándonos tan bien!.. Y hemos jugado
A marido y mujer, sin que arañado
Nos hayamos jamás, ni sacudido.

Juntos en risa y regodeo y broma
Supimos tiernamente
¡Jugar á beso-daca y beso-toma!
Y ¡cosas de muchachos! de repente
Jugar al escondite resolvimos;
Y tal jugado habemos,
Y tal maña nos dimos,
Y tan bien, al fin, nos escondimos,
Que ya nunca jamás nos hallaremos.

Enrique Heine.

PONCIO PILATO.

SONETO.

De la plebe el elamor ronco y salvaje
siempre á tu oído atronador resuena.
Al criminal absuelves de su pena
y abandonas al Justo al vil ultraje.

La injuria, el golpe, el irrisorio traje
el Verbo sufre con la faz serena.
¡A quien de gloria los espacios llena
tan inicuo y sarcástico homenaje!

Si á tal infamia tu flaqueza accede,
¡oh Pilato!, del cielo es permitida:
lo que estaba predicho, al fin sucede.

Al lavarte las manos, extinguida
en vano esperas que la mancha quede
de la sangre en el Gólgota vertida.

Angel Lasso de la Vega.

[1] DIARIO DE MEXICO, núm. 405, Tmo. IV, pág. 359. Nota al pie por A.